

# UNIDAD Y DIVERSIDAD EN UN MUNDO CAMBIANTE

*Hilda Chen-Apuy<sup>1</sup>*

Cuando el señor Rector de la Universidad de Costa Rica me hizo el honor de invitarme a impartir hoy esta lección inaugural, al principio rehusé porque pensé que no merecía tal distinción y que otros académicos con mayores méritos podrían hacerlo mejor. Sugerí nombres de otras personas, pero ante la amable insistencia del Dr. Garita, acepté al saber que él deseaba que yo me refiriera al tema de la cultura y de la identidad nacional en un mundo que muestra la tendencia a la globalización de muchos procesos. Luego de pensarlo, acepté por varias razones:

1. Porque desde hace cincuenta y un años he estado ligada a la Universidad de Costa Rica. En 1941 cuatro estudiantes de origen chino ingresamos a esta institución: dos, los hermanos Castro Lee, nacidos en la región del Atlántico, y mi hermana y yo, procedentes de Puntarenas. Años más tarde inicié mi trabajo docente en esta Universidad, y a ella continúo unida hasta el presente. Medio siglo de relación con esta casa de estudio a la que vi nacer y crecer es mi credencial para estar hoy ante ustedes.

2. La segunda razón es la de ser hija de un inmigrante chino y de madre costarricense, de sangre mestiza, como lo es la mayoría de la población costarricense. En un año en que se conmemora el encuentro de las culturas de conquistadores y conquistados, no está de más mencionar a otros componentes de nuestra sociedad, a otros elementos del mestizaje del pueblo costarricense. Hoy es frecuente hablar de minorías étnicas, y presenciamos en distintas partes del mundo en transición el resurgir de acendrados sentimientos de identificación de los grupos étnicos, lingüísticos, religiosos y culturales. Estas reivindicaciones están llevando hasta a enfrentamientos violentos en el viejo continente. También leemos las noticias acerca de movimientos nacionalistas a ultranza, ataques a minorías de inmigrantes en Europa y expresiones diversas de xenofobia. Estos sucesos nos llevan a meditar sobre la peligrosidad de los prejuicios raciales, religiosos, políticos e ideológicos. Por ese motivo, siendo descendiente de un inmigrante chino que adoptó a Costa Rica como su nueva patria, establecido en Puntarenas desde 1873 o 1874 hasta su muerte en San José en 1943, he creído que mi deber es decir hoy estas palabras en nombre de los miles de inmigrantes de las diversas regiones del mundo que escogieron las tierras costarricenses para formar sus hogares, trabajar, contribuir a la formación de nuestra población costarricense mestiza, como son prácticamente todas las poblaciones del continente americano.

No debemos olvidar que no siempre el gobierno de Costa Rica tuvo comprensión o tolerancia para los inmigrantes asiáticos y africanos. Basta leer leyes y decretos ejecutivos entre 1896 y las primeras décadas del siglo XX. Por ejemplo, en 1896 y 1897 se publican leyes para prohibir la entrada a chinos y otras razas que el Ejecutivo consideraba nocivas para el país. Mi padre, quien se había establecido en Puntarenas antes de que se dictaran esas leyes, pudo permanecer en Costa Rica.

Pocos años más tarde se prohibió la inmigración de árabes, turcos, sirios, armenios y

gitanos de cualquier nacionalidad. En 1912 se prohibió la entrada a miembros de la "raza culí", lo que designaba a los inmigrantes de la India con un término despectivo como el de culí. En un barrio del puerto de Limón quedan aún algunas familias descendientes de los pocos inmigrantes indios llegados desde Jamaica a principios del siglo XX.

La ley discriminatoria contra la inmigración china fue derogada en 1943, durante el gobierno del Presidente Calderón Guardia, en gran medida gracias a los esfuerzos del Lic. don Román Jugo Lamicq. Aún recuerdo que cuando yo iniciaba mis estudios en el Colegio Superior de Señoritas, un día mi padre trajo a nuestra casa a una joven china cuya entrada a Costa Rica fue muy difícil. Venía a contraer matrimonio con un ciudadano chino residente en el país, y al llegar su barco a Puntarenas se le prohibió desembarcar. Los capitanes de puerto tenían la obligación de inspeccionar los barcos, y en caso de que viniera entre los pasajeros algún ciudadano de cualquiera de los grupos considerados nocivos para el bienestar del país, como decían las leyes y decretos, debía impedírsela su ingreso. La joven china mencionada amenazó con tirarse al mar si se le impedía desembarcar. Fue así como pudo conmovier a las autoridades del puerto y contraer matrimonio con su prometido. Esta señora se estableció con su esposo en Guanacaste, trabajó, crió 2 sus hijos, algunos de los cuales son profesionales graduados en la Universidad de Costa Rica y contribuyeron con su trabajo al desarrollo de nuestro país. Yo era demasiado joven cuando sucedió el hecho que acabo de contarles, pero quizás esa fue una de las razones para influir en mí a la hora de realizar estudios en universidades extranjeras, que me llevaron al convencimiento de que debía conocer otras culturas, divulgarlas y contribuir al conocimiento de la historia de diversos pueblos. Así, el pertenecer a una minoría, fue enriquecedor para contribuir en alguna forma a sentar las bases para la comprensión y el respeto a otros pueblos.

3. La tercera razón por la que estoy aquí es la de hacer un llamado para que la Universidad de Costa Rica acepte el reto de preparar a las nuevas generaciones que se graduarán en el futuro, en una verdadera comprensión de lo que es nuestra identidad nacional, basada en el aporte de todos los grupos étnicos y culturales que forman nuestra sociedad costarricense. Rectificar el viejo mito de que el pueblo costarricense es 90% de origen europeo, olvidándose así los componentes africano y asiático, además del de nuestros olvidados indígenas, cuya cultura puede desaparecer ante las presiones de quienes desean utilizar los recursos de sus tierras. Para cumplir con la tarea de contribuir a forjar las bases de la tolerancia y el respeto a los demás, la Universidad debe ser eso mismo: universidad, tender hacia la universidad del conocimiento, al incremento de la enseñanza de la historia de los pueblos de todos los continentes, de las diversas culturas, de sus formas de pensar, de sus contribuciones para reconocer su legado. Es digno de elogio el hecho de que en esta universidad, tal vez caso único en Centroamérica, se enseñan no sólo lenguas europeas sino también asiáticas. Tal vez algún día se pueda estudiar alguna lengua africana, de igual manera que se estudian lenguas indígenas.

El actual énfasis en el estudio de la historia de Centroamérica no debe ser limitante;

no es posible hoy, en esta civilización planetario que nos lleva a la integración por medio de las comunicaciones y la informática, de la ciencia y la tecnología, de la economía y también de la necesidad de unirnos en el esfuerzo para solucionar los problemas ambientales, creer que podemos sobrevivir como nación manteniendo a nuestros jóvenes en el desconocimiento de las culturas del mundo. La ignorancia lleva a los prejuicios, al racismo, a la xenofobia, y de allí a la violencia entre los diferentes grupos. No hace muchos años en nuestra Universidad, los cursos de historia, de filosofía, de arte, eran especialmente sobre la cultura europea. Si hoy cometemos el error de estudiar sólo lo costarricense o lo centroamericano, de igual manera caemos en un etnocentrismo perjudicial que tampoco nos ayudará a entender nuestra propia identidad. Es en la comparación respetuosa con los que son diferentes, en el conocimiento de las historias culturales de los demás pueblos del mundo, como podemos saber qué somos, qué heredamos, de dónde procedemos, qué valores debemos conservar. De allí que la visión universalista, sin descuidar el estudio de lo propio, puede librarnos de los prejuicios, del racismo, de la xenofobia. No olvidemos que hubo leyes y decretos vergonzosos como los mencionados antes. Cómo ser una nación que se precia de culta si repetimos errores pasados, si mantenemos a nuestros estudiantes en la ignorancia del pasado y el presente de la humanidad? No hace muchos años había profesores en esta universidad que opinaban que estudiar el Japón y el mundo árabe era ejercicio inútil y sin importancia. ¿Quién puede negar hoy el lugar que ocupa Japón en la economía mundial y la importancia de los árabes en la política internacional?

He llamado a esta lección Unidad y diversidad en un mundo cambiante, y ustedes se preguntarán por qué. En verdad, es obvio que la historia contemporánea reciente ha acelerado su ritmo de manera sorprendente. Para quienes son hoy los jóvenes que ingresan al primer año de sus estudios superiores, tal vez estos cambios no sean tan espectaculares. Nacieron en las últimas dos décadas y están quizás acostumbrados a muchos de los adelantos científicos y tecnológicos, a las comunicaciones rápidas, a sentirse miembros de una comunidad mayor que la que encierran nuestras fronteras geográficas. Los juegos electrónicos, las pantallas de la televisión y de las computadoras son algo familiar; la comunicación telefónica desde cualquier pueblo en Costa Rica lleva al joven a sentir que no está lejos de centros urbanos. Las modas, la música y otras formas de la cultura de los jóvenes no diferencian mucho al adolescente aquí que en otras partes del continente, exceptuando, por supuesto, a las comunidades indígenas y a los pobladores de zonas rurales alejadas de los centros urbanos; pero la pequeñez de nuestro territorio permite una mayor integración de las diversas comunidades. No sucede lo mismo en las naciones de grandes territorios, grandes poblaciones, diversidad étnica y diferencias marcadas en el desarrollo tecnológico entre las ciudades y las zonas rurales. No es lo mismo ser campesino en Brasil, Perú, India o China continental, por decir algunos casos, que ser campesino en los países altamente desarrollados. Sin embargo, en forma inexorable un modo de vida influido por el vertiginoso desarrollo en las comunicaciones se impone gradualmente en el planeta. De

igual manera, un sistema económico global va incursionando en los diversos pueblos del mundo.

Nos encontramos además en un mundo cuya dinámica parece a ratos contradictoria, aunque quizás no lo sea: mientras se crean mayores unidades políticas y económicas, como lo vemos en Europa occidental, se fragmenta la Europa del Este. Mientras se consolidan las gigantes empresas transnacionales, se agudizan los conflictos interétnicos, religiosos y lingüísticos. La fragmentación de anteriores unidades políticas nos recuerda los enfrentamientos tribales. ¿Cómo estar ajeno a todo este drama que se desarrolla en el inmenso escenario del mundo? ¿Cómo entender los acontecimientos? Seguirá el costarricense en la creencia de que nuestra pequeña patria tiene el privilegio de estar al margen de las conmociones que hoy ocurren en otras tierras? La nueva ciencia del caos nos enseña que el aletear de una mariposa en un lugar del planeta puede afectar el clima a miles de kilómetros de distancia. Las redes de computadoras, como la que ya une a nuestra universidad con muchos centros del mundo, nos muestran que no hay fronteras insalvables, que quien se aísla está condenado al atraso. Como nos dice el antiguo texto chino, el Tao Teh Ching, lo flexible vence a lo rígido. Jóvenes y vicios tenemos que ser flexibles para adaptarnos a un nuevo tipo de civilización. Anteriores esquemas de pensamiento están en crisis; formas de vida y de relación cambian rápidamente. Como me decía don Joaquín García Monge, "quien no avanza, retrocede". Unidad y diversidad son antiguos conceptos que hicieron pensar a los sabios de la antigüedad. Ellos también se preguntaron cómo reconciliarlos. Así los sabios maestros de la India crearon el concepto del Brahman que está en todo, de donde surge la multiplicidad de todas las cosas; el padre-maestro dice a su hijo en una de las Upanishadas: "tat tvam asi" (tú eres eso). Y el Tao Teh Ching nos enseña que "el Tao produce el Uno; el Uno produce el dos; el dos produce el tres; el tres produce todas las cosas".

¿Cómo debe asumir su papel rector la Universidad de Costa Rica en un momento de tantos cambios, cuando nos acercamos al final del siglo y estamos en el umbral de una nueva era?

Creo que es nuestro deber impartir una enseñanza que permita a los jóvenes adquirir conocimientos amplios, universales, no encerrados en estrechos márgenes, con flexibilidad mental para adaptarse a los cambios aún mayores que se avecinan. Los jóvenes deben aprender a respetar los valores de otros, para que no repitamos los comportamientos del racismo, prejuicios e intolerancia que hoy sufren otros pueblos. Sobre la base de un conocimiento de las diversas culturas, nuestros jóvenes podrán encontrar sus propias raíces culturales, su identidad, para sobrevivir en medio de las poderosas corrientes que agitan el mundo presente. En la diversidad también se encuentra la unidad que hermana a todos los seres.

Hay una hermosa imagen religiosa de la India que siempre me ha atraído. Es la figura del Shiva Nataraja, el dios de la danza. Esta imagen ha servido a un científico

europeo en su libro titulado *El Tao de la Física*, para comparar el universo con la danza del dios Shiva. Al examinar su simbolismo, vemos una concha en su mano derecha como símbolo del sonido, de la creación; en la izquierda, la llama o fuego que simboliza la destrucción; su pie derecho sobre un enano, símbolo de avidya, la ignorancia, la ausencia del saber, del conocimiento; la pierna izquierda levantada en paso de danza significa liberación; una tercera mano levantada es el gesto de infundir confianza a sus devotos, la abhaya mudra, el gesto de no temer; y la otra mano también indica liberación. De esta manera, desde hace muchos siglos los hindúes han mirado en Shiva Nataraja la enseñanza de que la vida es muerte y es renacer, en el eterno escenario del universo, y de que la destrucción de la ignorancia, de la ausencia de sabiduría, es liberación.